

LUCHAR POR LA PRENSA ESPECIALIZADA EN COLOMBIA

(Discurso presentado en la celebración de los setenta años de la Revista Dyna)

JORGE MÁRQUEZ VALDERRAMA

Profesor Escuela de Estudios Filosóficos y Culturales, Universidad Nacional de Colombia, Medellín

jmarquez@unalmed.edu.co

Recibido para revisar 21 de Noviembre de 2003, aceptado 5 de Febrero de 2004, versión final 26 de Febrero de 2004.

En pleno siglo XXI, en un momento en que la ciencia se ve cada vez más comprometida en una especie de *nueva Ilustración*, porque debe responder a desafíos que se le presentan, no solamente a los científicos o a los expertos, sino a la humanidad en su conjunto; me refiero a verdaderos desafíos planetarios (“recalentamiento climático”, crisis alimentarias, avances en biotecnologías, enfermedades emergentes, catástrofes mal llamadas “naturales”, desarrollo de nuevas fuentes de energía, etc.); en un momento digo, en que la ciencia es más que nunca problema cultural y de debate social, la difusión de las ciencias se ha vuelto tarea primordial.

Más allá de los lugares comunes, convertidos ya en verdaderos clichés, que impiden el diálogo entre diversos actores sociales sobre la producción de conocimientos (como por ejemplo el cliché del «periodista superficial e irresponsable», el del «investigador competente pero autista» o el de la «degradación del saber vía la vulgarización»), la pregunta sobre la difusión de las ciencias se plantea más bien en estos términos: ¿cómo repensarla para nuestra época y para nuestro futuro cercano?

Para tratar de responder a esta pregunta podemos valernos de algunos elementos de la historia de las ciencias.

Uno de los rasgos primordiales de la ciencia moderna naciente es precisamente el hecho actuar a través de redes de correspondientes que se leen, se imitan y se critican unos a otros. Además, en historia de las ciencias el sintagma “ciencia moderna” designa una nueva ciencia de la naturaleza, experimental y especulativa, filosófica y matemática al

mismo tiempo, desarrollada por fuera de las instituciones universitarias tradicionales, casi todas conservadoras y retrógradas.

Esta exterioridad frente al monopolio medieval del saber hace que la ciencia moderna tenga que crear desde su aparición sus propias instituciones que se llamaron “sociedades de sabios” o “academias”: las academias italianas (Cimento, Lincei, Bolonia), la Royal Society, la Académie des Sciences de Paris, la Academia de Prusia, por mencionar sólo las más antiguas.

Estas instituciones crearon a su vez nuevas formas de propagación de investigaciones científicas, dando nacimiento a lo que podemos llamar sin equívocos la “difusión de las ciencias”, pues comunicar resultados, aunque se lo haga obedeciendo a algún deber moral o político, no equivale siempre a difundir la ciencia. Recordemos por ejemplo todas las formas de transmisión del saber que existen desde la Antigüedad: la relación maestro-discípulo, o en el empirismo artesanal y técnico, por ejemplo, las recetas que se transmiten por rutina, imitación y tradición, o la sabiduría oriental cuya transmisión siempre estuvo sujeta al secreto y dirigida a iniciados. No toda práctica de transmisión de un conocimiento es difusión de la ciencia.

Las revistas científicas son pues creaciones jóvenes en el mundo, pues las más antiguas datan apenas de los siglos XVII, cuando se estableció plenamente lo que se llama en historia de las ciencias la “ciencia moderna” y cuando se fundaron las primeras sociedades científicas, que más exactamente se proclamaron como sociedades y academias de sabios (Accademia de Cimento, 1657; Royal

Society 1662; Académie de sciences, 1666). Las memorias de estas academias pueden considerarse con las primeras publicaciones científicas periódicas del mundo occidental. Por otro lado, en el mismo momento histórico de la aparición y consolidación de la ciencia moderna, aparecen también los primeros esfuerzos por vulgarizar la ciencia. Para dar un solo ejemplo, quizá el más bello, las *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos* de Bernard de Fontenelle; y aquí hay que recordar que este hombre, secretario perpetuo de la Académie des Sciences fue no solamente, en su función redactor de los *Comptes rendus de l'Académie des Sciences* un divulgador de las ciencias dentro del campo científico, sino también uno de los primeros en hacer Historia de las ciencias.

Los tres géneros nacen, pues, juntos (Historia, difusión y vulgarización de las ciencias). No sé para qué nos empeñamos en estudiarlos por separado. Y nacen juntos porque lo surge es la difusión de las ciencias, no la difusión para tal o cual público, sino la difusión en general, y la metáfora que esta palabra “difusión” evoca, en el siglo XVIII, está acorde plenamente con los ideales de esa época, pues es tomada de la óptica de Newton, que devela los misterios de la luz y se convierte en símbolo de la Razón (con R mayúscula), la cual, a su vez es también una luz cuya propagación disolvería necesariamente las tinieblas de la ignorancia y, como consecuencia, liberaría en general a los hombres de todo yugo. Se trata entonces también de la luz del Progreso.

Pero por fuera de ese mito ilustrado o de ese gran relato moderno de la Razón y el Progreso, las publicaciones científicas de las recién fundadas academias son una tarea y una práctica inherentes a la definición misma de la ciencia moderna, tal y como se la ve concebida en una obra monumental como la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alamabert. Es decir que, desde su nacimiento, las publicaciones científicas obedecen a una práctica que le da carta de ciudadanía a los descubrimientos y a las innovaciones en ciencias y técnicas. Desde ahí, conocimiento que no se publique no es conocimiento.

Ahora bien, si permanecemos en los límites de la ciencia difundida dentro del campo científico mismo, es decir sin pretensión de llegar al gran público, sino dirigida sólo a especialistas y aprendices, quiero dejar claro que no confundo los distintos ámbitos y las distintas formas de la difusión de las ciencias. No es la misma difusión si se trata de manuales o de textos de estudio, que publican una especie de ciencia de resultados para que sea aprehendida por los futuros productores de conocimientos, los innovadores del porvenir: el saber obtenido sobre un punto específico debe ser difundido porque esa es la única manera de garantizar la fecundidad de la ciencia. “*Al menos es claro*, dice el filósofo Georges Canguilhem, *que la difusión del saber constituido sólo es un medio para el saber que vendrá, que ese medio está situado en el mismo nivel axiológico que su fuente y su fin, y que, en consecuencia, la difusión de la ciencia fundamental no debe ceder a ningún imperativo pragmático*”¹.

Ahora bien, con respecto a la comunicación pública de resultados que no sean los de los manuales y libros de texto, sino los de las investigaciones en curso, la ética de la difusión debería obedecer a principios semejantes: los científicos, o en general quienes producen conocimientos, deberían ser autónomos en la labor de difusión y que ésta no se vea entorpecida por intereses externos al conocimiento.

La diferencia entre los textos y manuales y las revistas científicas radica en la actualización constante de los conocimientos que es la tarea fundamental de estas últimas. En las revistas especializadas no se escribe para la enseñanza, sino para el debate por el establecimiento de verdades y, en cuestiones técnicas, por el de la eficacia práctica y la relación óptima entre costos y beneficio, que sería como una especie de verdad de la ingeniería. Las revistas especializadas deberían proponer la reforma constante de los textos para la enseñanza.

1. Georges Canguilhem (1995).

Ejemplos locales

No se pueden confundir las primeras academias y sociedades sabias de Europa con las que nacieron en casi todas las ciudades de América Latina, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, pues todas obedecieron a dinámicas diferentes y conocieron evoluciones particulares. Es por eso que para cada país y para cada periodo en particular hay que hacer estudios históricos especializados. En mis investigaciones, me he acercado un poco al caso colombiano. La época del nacimiento de las primeras revistas científicas especializadas en Colombia es la segunda mitad del siglo XIX, momento de la emergencia de las primeras sociedades científicas, creadas por fuera de las universidades. Estas primeras publicaciones científicas son en su mayoría médicas y surgen a partir de una necesidad de las nacientes sociedades científicas que congregan a hombres de ciencia interesados en dos proyectos simultáneos y tan imbricados que parecen ser uno solo: por un lado, quieren producir conocimientos nuevos y establecer una "ciencia nacional" y, por otro lado, creen en el proyecto republicano de la construcción de una nación civilizada y laica que compita y dialogue en el concierto mundial de las naciones. Saben que sin ciencia, no somos nación y que sin publicaciones científicas especializadas los hombres de ciencia de Colombia no tendrían identidad propia ni presencia en la ciudad científica, ya prácticamente mundializada en ese momento.

Estos fundadores de las revistas y sociedades científicas colombianas querían ser hombres de ciencia *internacionales* y, al mismo tiempo, hacer patria mientras que hacían ciencia. Los dos proyectos son uno solo, porque la fe en la ciencia que es fe en el progreso es la divisa general y aguerrida de estos positivistas del siglo XIX, casi todos formados en Francia, sobre todo en París, floreciente capital mundial del conocimiento científico por los alrededores de 1800 y que conservó al menos esta aureola durante casi todo el siglo XIX, gracias a la realización de las sucesivas exposiciones universales.

Cuando hablo de estas sociedades científicas del siglo XIX que fundaron las primeras revistas científicas especializadas colombianas lo hago a partir de trabajos de historia social de las ciencias como los de los profesores Diana Obregón, Olga Restrepo y, más recientemente, Juan Camilo Escobar, pero también a partir de una investigación histórica que finalicé en 1995 sobre la irrupción de la ciencia pasteriana en Medellín.

En los estudios que acabo de citar, se citan por ejemplo los documentos que testimonian del surgimiento de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá en 1872 y de su *Revista Médica*, en 1873 y se exponen las condiciones de su nacimiento.

Diana Obregón analiza, por ejemplo, entre las motivaciones de estos fundadores, "el sentimiento de nación en la literatura médica y naturalista de finales del siglo XIX en Colombia".

El carácter de las primeras publicaciones científicas colombianas se ve bien definido en la política de canje de las revistas. Tomemos el caso de la revista *Anales de la Academia de Medicina de Medellín* (creada en 1888):

"Cuando esta Corporación consideró asegurada su estabilidad, pensó en entrar en relaciones con otras Sociedades científicas y en establecer el canje de su periódico. Al efecto expidió una circular comunicando su instalación a varias asociaciones semejantes y la mayor parte de ellas respondió atenta y generosamente a sus deseos. En este número se cuentan la "Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales" de Bogotá; la de "Medicina y Ciencias Naturales" del Cauca; la "Academia de Medicina" y "Sociedad Antonio Alazate" de Méjico; y la "Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales" de Bolívar, que en nota reciente ha comunicado su instalación.

El canje de los *Anales* se hace puntualmente, con las siguientes publicaciones: "Revista Médica", "Anales de Ingeniería", "Revista de Higiene", "Revista Dental" y "Anales

de la Universidad", de Bogotá y el "Boletín de la Sociedad de Medicina del Cauca", entre las publicaciones del país; y con las publicaciones extranjeras siguientes: "La Médicine hypodermique", "Le praticien", "La Médicine contemporaine" y el "Moniteur Thérapeutique" de París; con la "Revista del Centro científico-literario", "Anales del Círculo médico argentino" y la "Revista Argentina de Ciencias médicas", de Buenos Aires; la "Unión Médica de Caracas"; las "Memorias de la Sociedad Antonio Alzate" y "Anales de la Academia de Méjico"; "El Monitor Médico" y la "Crónica Médica de Lima"; los "Anales de la Universidad Central del Ecuador"; las publicaciones de la "Oficina de circulación y canjes del Salvador" y el "Fortschritt" de Mr. B. Reber de Ginebra". Francisco A. Arango. "Informe anual del Secretario leído en la sesión del 24 de Julio²".

Los historiadores especializados en la historia de la ciudad de Medellín muestran el gran interés de este período de su historia (finales del siglo XIX), por ser precisamente el momento en que está pasando a ser una ciudad moderna en el sentido que la modernidad del siglo XIX y comienzos del siglo XX dio a esta palabra. Si uso el lenguaje del historiador Lewis Mumford, Medellín estaba en vías de ser, en el período mencionado, una "disparatada ciudad industrial", situación análoga a la de tantas otras del mundo hispanoamericano por la misma época.

El papel de la Academia de Medicina de Medellín y de sus *Anales* tiene que ver con la regulación de este temido y al mismo tiempo anhelado crecimiento de población, riquezas y trabajos que era considerado por las clases dominantes de Antioquia como factor y efecto del "progreso". En el siglo XIX, toda ciudad capital debía tener un "cuerpo médico" organizado científica y administrativamente. Las causas de aparición de los *A.A.M.M.* no se explican porque a unos doctores muy

inteligentes, o a algún gobernante, se les ocurriera en algún momento crear una revista científica. La explicación sociologista según la cual el motivo de tal creación es la sed de prestigio y de poder que las ciencias dan a cierta "elite", tampoco me satisface, como tampoco la forma en que los mismos creadores de la publicación explican ese comienzo.

Hay que tener en cuenta más bien que, en aquella época (el último tercio del siglo XIX), de estallido de las publicaciones científicas en el mundo, había que tener alguna para obtener la carta de ciudadanía en la ciudad científica y el reconocimiento internacional como "cuerpo médico" de una ciudad, para participar del gran auge de las creaciones científicas colectivas.

Tampoco hay que olvidar que en 1886, el Gobernador Marceliano Vélez, como jefe del Departamento, había convertido a ese grupo de prestigiosos médicos residentes en Medellín en una institución oficial, órgano consultivo de su gobierno, meses antes de la creación en ceremonia oficial de la *Academia de Medicina de Medellín*, en 1887.

Poco más de una década más tarde, apareció la revista *Anales de la Facultad de Minas*, muy semejante en sus objetivos y en su formato a la revista *Anales de la Academia de Medicina*, y que, en cierto sentido, compite discretamente con esta última, sobre todo en un ámbito que era monopolio de los médicos hasta más o menos 1911: la gestión ambiental e higiénica de la ciudad.

Las concepciones urbanas de ambas revistas son las mismas: la ciudad es asimilada en ambas a un organismo vivo que hay que regular mediante la planificación y una legislación clara y firme. Lo público y lo privado en lo urbano aparecen en una indefinición interesante que es prueba de un enorme debate sobre la concentración de la propiedad territorial urbana, monopolios que impiden un ordenamiento de acuerdo a normas higiénicas y de ingeniería. Pero además, lo público y lo privado se amalgaman en macroproyectos como la canalización del Río Medellín, propuesta desde 1882 por el médico Manuel Uribe

2. *A.A.M.M.*, año II, sep., 1889, p. 190.

Angel en el periódico antioqueño *La Consigna* y ejecutada en el siglo XX.

Digo que ahí se funden intereses públicos y privados porque los argumentos higienistas de ambas revistas se ven reforzados por la idea del progreso material que provendría de someter a especulación gran cantidad de predios que eran naturalmente humedales de los meandros del río.

Todo esto apenas empezamos a estudiarlo en nuestras maestrías y doctorados en historia y pronto se verán publicados trabajos al respecto, pero lo que quiero subrayar es la riqueza de este patrimonio documental constituido por las revistas especializadas, que complementa la información de nuestros archivos históricos.

Ahora bien, que se me excuse por introducir aquí una especie proclama por la defensa de este patrimonio documental de nuestra universidad: en la época en que se comenzaron a publicar las primeras revistas científicas en Medellín, el papel que se usaba era de muy mala calidad, no porque no existiera el de buena calidad, sino porque el esfuerzo pecuniario era muy fuerte y los recursos muy pocos, pues el Estado, que era el que las financiaba, se estaba recuperando de las constantes guerras del siglo XIX y sobre todo de la guerra de los mil días. La revista *Dyna* no presenta estos problemas, pues desde el comienzo la hacían en buen papel. Pero otras revistas como *Anales de la Facultad de Minas*, sí. El interés actual de este patrimonio no radica en que pertenezca a tal o cual facultad o en que sean como especies de piezas de museo. Para nosotros, los historiadores, estas revistas son verdaderos monumentos históricos que hay que preservar para la investigación y para la lectura, las cuales se vuelven casi imposibles sin deteriorar totalmente y hacer desaparecer materiales tan delicados. Por eso y por otros problemas, el estado de conservación de las pocas revistas especializadas nuestras que quedan en nuestras bibliotecas es verdaderamente lamentable. Y requiere urgentemente de un proceso de microfilmación, poco costoso, para salvarlas.

Finalmente, no son suficientes los elogios para los redactores de *Dyna*. Uno ve la

evolución radical de esa revista con sólo una ojeada de estos números que me facilitaron hace poco. Ya es una revista indexada, está al acceso en línea en la red mundial y tiene un comité editorial y un sistema de evaluación por pares académicos como cualquier revista prestigiosa del mundo. Los tiempos cambiaron y con ellos las exigencias, pero los líderes empecinados de *Dyna* han sabido adaptar la revista a los soportes contemporáneos y a las actuales exigencias de difusión científica.

Por último, quiero llamar la atención sobre una posición filosófica que los productores de conocimientos del campo científico y técnico deberían mantener frente a la difusión de las ciencias. Y es la de que hay que seguir defendiendo la autonomía de esta práctica en la ciudad y publicar resultados de investigación en revistas especializadas, contra la práctica de publicar en cualquier parte, que a veces ve uno en Europa, cosa que se hace casi siempre para descolar contra otros en un afán por armar *boom* mediáticos que en nada favorecen la transparencia del debate por la verdad, característica fundamental de la producción tecnocientífica.

BIBLIOGRAFÍA

1. CANGUILHEM Georges, "Necesidad de la difusión científica", (traducción de Jorge Márquez Valderrama), *Revista Sociología*, Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín, No 19, 1996, pp. 26-33.
2. MÁRQUEZ VALDERRAMA Jorge, "Pasterianismo y medicalización urbana: el caso de Medellín" en: *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional de Colombia, No 34-35, 1995, pp. 105-122.
3. OBREGÓN Diana, "Las sociedades médicas y el movimiento científico" en: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. No 16-17, Bogotá, 1988-1989, pp. 141-161